

Centenario y vigencia de un cantor de artes olvidadas



Pintura de Oswaldo Guayasamín. 1974

ATAHUALPA YUPANQUI

ríos, los bosques y los cerros. Esa escuela humilde pero sabia, de viejos criollos analfabetos y abuelas rezadoras. Así describe su infancia, en el libro "El canto del viento" editado en 1965: **"Crecí en un medio rural frente a un horizonte de balidos y relinchos. Los espectáculos que exaltaban mi entusiasmo no consistían en mecánicos, rompecabezas ni volantines. Era un mundo de brillos y sonidos dulces y bárbaros a la vez. Pialadas, vuelcos, potros chúcaros, yerras, ijares sangrantes, espuelas crueles, risas abiertas, carreras, domas, supersticiones y mil modos de entender las luces malas y las cosas del destino escrito"**(1) **"Yo me he criado en el campo/rancho, rebaño y maizal/con noches de historias viejas/yañanas de cristal./Bajo un cielo de gaviotas/vi a mi padre trabajar/no se si sembraba coplas/por el modo de cantar"**(2).

Deslumbrado por las guitarras de la pampa, el niño frecuentemente se encontraba sentadito y encorvado frente a su propio destino, en largas veladas criollas de fogones y carnes asadas donde peones y estibadores, gente de mucha pampa galopada, hilvanaban en sus hechizados maderos una red de emociones, cantos de penumbras y rústicos refranes. **"Ellos me ofrecían un mundo recóndito, milagroso, extraño...eran por obra de la música, príncipes de un continente en el que solo yo penetraba como invitado. Eran seres superiores"**(3). Estos fueron sus primeros maestros y sus primeras lecciones, con ellos descubrió un pequeño universo de coplas, que años más tarde se le revelarían con gran intensidad. Estudió siendo casi niño el violín con el cura del pueblo y más tarde la guitarra con el maestro Bautista Almirón, con quien tenía encuentros semanales que eran casi religiosos para el pequeño Héctor. No era fácil para un niño de su edad recorrer 14 Km a caballo desde su casa hasta Junín, donde vivía su maestro, pero evidentemente se estaba gestando el romance más fiel en su vida.

En la adolescencia se vislumbra su inclinación hacia la literatura. Lector precoz, conocía ya la historia de nues-

Cien años han pasado del nacimiento de Atahualpa Yupanqui y podrán pasar varias centurias más, que seguiremos apreciando el mensaje de su obra sin tiempo, de su legado universal, de su canto de viento y camino. Es que como sucede con los grandes creadores, Yupanqui puede considerarse un clásico, un cultor de artes olvidadas que recogió a lo largo de su incansable peregrinar por esta América mestiza, todo el clamor de la tierra, la rebelión y los silencios de sus paisanos. Nació con el nombre de Héctor Roberto Chavero, el 31 de enero de 1908, en Campo de la Cruz, partido de Pergamino, provincia de Buenos Aires. Hijo de José Demetrio Chavero, Loretano, ferroviario de cuarta categoría, nómada incansable que arrastraba en quimérico sueño a su mujer y a sus tres hijos a donde su trabajo lo llevara. Hombre de escasos recursos, llevaba a su país adentro, **"un pobre con libros"** como lo describiera el propio Atahualpa años más tarde. Su madre Higinia Carmen Haram, vasca de Guipúzcoa de tenaz carácter y un profundo sentido de la decencia, forjaron ambos la personalidad y el intelecto del futuro poeta... **"llevo en mi sangre el silencio del mestizo y la tenacidad del vasco"**.

El niño Héctor va descubriendo a muy temprana edad un mundo plagado de mensajes, anécdotas milenarias y relatos tradicionales que reproducían el lenguaje de los

tra América olvidada y comienza a firmar los primeros poemas publicados en el periódico escolar con el seudónimo que lo acompañaría por el resto de su vida... "Atahualpa" en homenaje al último soberano Inca, después le agregaría "Yupanqui". Intentando traducir esta combinación de palabras quechuas, tenemos que nuestro poeta es, "quien viene de tierras lejanas a decir, a contar"... Nada más acorde al destino que lo esperaba. Lo curioso es que siendo tan joven, a los trece años ya tuviera semejante conciencia y compromiso con lo ancestral, con lo milenar. Un llamado profundo y lejano, una comunicación cósmica hacia un silencio de siglos. Y así se lanza Yupanqui en un peregrinar constante, en busca de "el canto del viento". Así irá moldeando lenta y silenciosamente su enorme compromiso con la raíz más profunda y viva del indigenismo americano, traduciendo con dolor y esperanza el sueño libertario de miles de hombres y mujeres de su pueblo, eso que brota de las multitudes anónimas y que el poeta recogió con particular sensibilidad, devolviendo en sublimes versos, en líricas coplas que abonaron nuestro canto popular y profundo.

Nada tuvo que inventar Atahualpa, casi naturalmente se le revelaron las cosas profundas y olvidadas de su tierra. Solo necesitó andar y andar los caminos, trashumar con incansable desvelo cada rincón de su patria, uniendo la selva con los llanos, el mar con la montaña, recogiendo las hilachitas perdidas que el viento iba dejando al pasar. Así ingresa a la antesala de la patria grande, aquella con la que soñaron Bolívar, Artigas, Sandino y el Che, aquella que une Jujuy con México en un largo y silencioso camino americano. Un reino de arcilla y cobre, huracán y sereno a la vez, América Latina, diría después "es un solo poncho" ... "sobre todas las dudas, por encima de todo lo destruido, de lo borrado, de la lengua extinguida, prima la raza del ande. Aún hoy pesa sobre el paisaje un aire cargado de silencios viejos, no triturados jamás en la alquimia de la colonia, sello de aquella edad de greda y sol, de cobre y ríos. Kollas de ojos grandes y oscuros, chuzas aindiadas, bocas buriladas por la raza. Cabellos lacios y un diálogo casi secreto. Armonía entre hombres, tierra y sol"(4).

Yupanqui habla en toda su obra de "su lugar", construido indudablemente desde la experiencia y transformado en "mundo propio" a partir de su relación casi carnal con los caminos. Detrás de cada palabra hay un motivo, una sentencia, que rítmicamente traduce la rusticidad, la dureza y la esperanza de esos caminos. Nunca abandonará este destino trashumante hasta el instante mismo de su muerte.

Publicó una decena de libros, compuso más de mil canciones, participó como actor y director musical en tres películas, cultivó la amistad con figuras de la talla de Deodoro Roca, Ricardo Rojas, Jorge Luis Borges, Benito Quinquela Martín, Nicolás Guillén, Pablo Picasso, Jean

Paul Sartre, Herman Hesse, Pablo Neruda y Julio Cortázar. Pintores como Ricardo Carpani o el ecuatoriano Oswaldo Guayasamin le dedicaron inolvidables retratos. Fue objeto de culto e influencia impostergable en movimientos musicales de Argentina y América latina como "el nuevo cancionero popular argentino" fundado por Armando Tejada Gómez y Tito Francia, o "la nueva canción chilena" con los hermanos Parra y Víctor Jara a la cabeza. Cosechó distinciones y títulos honoríficos en Argentina y en el mundo. Sin embargo nunca descuidó su origen, su esencia y su misión de juglar errante y anónimo. Lejos del tumulto y la alabanza, de floreos y lisonjas, se mantuvo fiel al silencio y la soledad buscando ser uno más entre los hombres. Consagró su vida al canto de la patria profunda, ese que suena melódico cuando el río corre entre las piedras, el que deja el viento al mecer las ramas de los árboles. Pero también el que aturde oídos necios con milenarios reclamos de justicia y libertad. Allí radica la vigencia de su obra, la perdurabilidad de su legado.

"El hombre anda sobre la tierra y cuando se siente muy cansado busca refugio debajo de ella"(5)... y así fue como en una lejana tarde de mayo el silencio lo sorprende definitiva e inevitablemente, muere en Nimes, al sur de Francia.

"Cuando muere un poeta, no deberían ponerle cruz sobre la tumba, si no plantar un árbol, por cuanto con el tiempo, ese árbol tendrá ramas y un nido y en él nacerán pájaros. De ese modo, el silencio del poeta se volverá golondrina"(6). Atahualpa descansa hoy confundido con las profundas raíces de un enorme roble en su casa de Cerro Colorado, provincia de Córdoba, se fue sabiendo que su misión en la tierra estaba cumplida. Hoy sus poemas y canciones asoman tímidos de los labios de una niña, sobrevuelan el aire y se confunden entre la gente, alimentan aquello que tanto persiguió; la gloria y la grandeza de lo anónimo.

Carlos González Quintana

Miembro de la Fundación Atahualpa Yupanqui

Editor de "El Payador Perseguido" para el sello de la F.A.Y.

Citas

1. "El canto del viento" pág. 13, ediciones Honneger, Buenos Aires 1965.
2. "Me he criado a puro campo", canción.
3. "El canto del viento" pág. 17, ediciones Honneger, Buenos Aires 1965.
4. "El canto del viento" pág. 101, ediciones Honneger, Buenos Aires 1965.
5. Declaraciones en revista Siete Días, Buenos Aires, enero de 1983.
6. Op cit.